



Foto: Felipe de la Cruz.

“Usted pregunta y yo contesto”, dice José de León Parrilla, pero no hace falta preguntar mucho porque ya se ha puesto a explicar para qué sirven los aperos que tiene colgados del garaje de su casa de Muñique, a sólo unos metros de la casa en la que nació en 1941. Conserva un vaso de madera con su alcordonadera para transportar grano sobre la silla saca del camello, donde cabían hasta cuatro fanegas de cebada. También tiene una balanza antigua (y una nueva), unos garabatos para estirar la cuerda o una media, que es una unidad de medida.

Aunque trabajó muchos años de albañil, su vida ha sido el campo. Aún planta batatas, cebollas o papas. No fue mucho a la escuela de Tiagua, ni a ninguna otra. “De lectura estoy *despachao*”, dice. Era el pequeño de cinco hermanos y su padre le obligaba a ir con las cabras, junto a su tío, todo el día, todos los días, hasta los domingos. “Los padres eran así”, dice, pero lo de las cabras no le gustaba nada. “Me revientaba que todos estaban jugando y yo con las cabras”. Así que con 15 años le dijo a su padre que se iba con su primo a La Palma a buscar trabajo. Su padre le contestó que estaría en casa a la vuelta de correo, pero tardó un poco más. Pagaron 115 pesetas por el pasaje del barco y recuerda con detalle el recorrido. Llegaron a la capital, cogieron la guagua a Los Llanos y después a El Paso. Iban buscando a otros conejeros, porque

“La Palma estaba llena de conejeros y majoreros”. Su primer trabajo fue hacer una carretera y el primer día casi lo dejó porque le pusieron con la carretilla. Hasta que se le hizo callo. Era el año 1957, “años ruines”. Poco después comenzaron con otra carretera pero el chófer “siempre se enfermaba los lunes” y les tocaba ir andando, así que se cambiaron a hacer fincas para plátanos. Estuvo seis meses y volvió a Lanzarote, y después volvió a ir otras dos veces más, una cuatro meses y la otra un año y pico cargando barro en un camión.

Cuando se acabó la aventura palmera volvió a Muñique y se puso a trabajar en el campo, como casi todo el mundo. Por entonces, el tabaco daba dinero en Tinajo y en El Cuchillo y también había créditos y subvenciones para arenar, salían camiones y camiones de sandías para Tenerife, las plantaciones de batata o de tomate llegaban desde La Caleta hasta Playa Honda y el campo estaba repleto de chicharos, garbanzos centeno, cebada, arvejas o trigo. Había quien tenía hasta 300 fanegas de cebada, y aunque el

JOSÉ DE LEÓN PARRILLA

En el campo de Muñique

Nació y vive en Muñique. Buscó su primer trabajo en La Palma, volvió a la Isla para trabajar en el campo, y cuando la agricultura se fue a pique buscó refugio en la construcción

viento se llevaba las plantas, después llovía, “porque antes llovía más”, y salían otras matas. “Hoy -dice- con este agua que se riega se enferman las fincas”.

El trabajo, de todas formas, era esclavo. Por las mañanas, arrancando cebada o trigo, luego haciendo montones y después de comer, cogía la burra “y a joyar de pioná”, es decir, a hacer hoyos en el jable, en tierra ajena, uno por uno, para buscar la tierra madre y plantar batatas. A veces había que cavar tanto que había que hacer otros dos hoyos a los lados para meter los pies y buscar la profundidad. Y así hasta la noche.

Pero el tabaco “lo chotearon”, igual que la cochinilla y la cebolla. “Ni las batatas las querían -dice- y como de la labranza no vivía uno”, se fue a trabajar a la construcción, aunque sólo dejó las tierras que hacía de media y siguió con las suyas los fines de semana. Se casó en 1966 y tuvo tres hijos. Hizo apartamentos en Fariones y “en Río Tinto”, trabajó para unos y para otros y acabó en el Cabildo, donde trabajó ocho años y se jubiló escardando, limpiando

márgenes de carreteras o regando las palmeras.

Veinte casas

Antes Muñique era otra cosa. “Era todo gente pobre”. Cuenta José que los de Soo iban a por lapas, pulpo o pescado y lo cambiaban por gofio o batatas. Algunos vecinos escondían el grano en los aljibes secos para no pagar una parte como impuesto y otros llevaban los garbanzos en camello hasta la costa de Teguise donde había una lancha para llevárselo. “Se pasó mucho hambre y miserias”, dice. Él no conoció el gofio de cosco, pero sus padres sí, pero él sí recuerda lo que era comer una batata con un jaramago, una planta amarga.

En Muñique había veinte casas, no más, “y ahora hay el doble y el redoble”, dice José. Había una molina que se llevaron a Güime, una cantina y el Casino donde se hacían bailes que se anuncian casi puesta por puerta en Soo, Tiagua y El Cuchillo. En los bailes, con timple y guitarra y nada más, se instalaba un señor con bastón a la puerta “y si había 15 chicas dejaba pasar a 15 chicos”. Se acababa la pieza y entraban otros 15. Otra posibilidad era ir a Tiagua, “un pueblo muy nombrado”, que tenía un Casino donde se juntaba mucha gente, donde está ahora el supermercado. El día grande en Tiagua era el día de Los Dolores, “pero si había función (religiosa) no había baile y si había baile no había función”.

El trabajo, de todas formas, era esclavo. Por las mañanas, arrancando cebada o trigo, luego haciendo montones y después de comer, cogía la burra “y a joyar de pioná”, es decir, a hacer hoyos en el jable, en tierra ajena, uno por uno, para buscar la tierra madre y plantar batatas